

tengas siempre propicia, toma la práctica de rezar cada hora la Salve Regina, añadiendo al fin de ella esta portentosa jaculatoria: *¡Oh María subida á los cielos, rogad por nosotros que recurrimos á Vos!*

CAPITULO XII.

VUELVE Á NOSOTROS ESOS TUS OJOS TAN MISERICORDIOSOS.

56. *Explicacion de la Salve.*—Yo desearia, lector carisimo, que comprendieras toda la grandeza y piedad que encierran estas palabras de la Salve, en las cuales se suplica á la Santísima Virgen que nos alcance la salud del cuerpo y la de alma, por medio de una de aquellas sus miradas llenísimas de ternura y amor. *Vuelve á nosotros*, le decimos, *esos tus ojos tan misericordiosos*: vuévelos á los pecadores para que salgan de su pecado: vuévelos á los impíos para que se conviertan: vuévelos á los tibios para que adquieran un santo fervor; y vuévelos á todos los justos para que se hagan mas y mas santos.

Cuando pedimos á la Santísima Virgen una de sus miradas misericordiosas, naturalmente recordamos la noche triste en la cual cayó el Príncipe de los Apóstoles. ¡Pobre Pedro! seguia á nuestro Señor no del todo, sino á medias: no abrasado del amor, sino arrastrado por el temor; y el que se habia gloriado de ser el mas fiel, cayó mas pronto y mas desgraciadamente. Pero ved ahí que cuando mas obstinado juraba y perjuraba de que no conocia aquel hombre, le envió el Salvador una de sus miradas; se reconoció, comenzó á llorar, y continuó su llanto todos los dias de su vida. Tal es lo que pedimos á María, suplicándole que vuelva hácia nosotros aquellos sus ojos misericordiosísimos.

Con razon se lo decimos: porque si bien lo examinamos, esta Soberana Señora toda es ojos en favor nuestro: de un modo semejante á una madre muy cuidadosa de su tierno niño, y á una esposa que se esmera para cuidar muy bien á su marido. ¡Ah! Ella es toda ojos para ver nuestras miserias y aliviarlas: es la que baja de continuo del cielo para traernos gracias: es la que sube sin cesar á la gloria llevándose nuestras súplicas: es la que anda muy afanada en tratos de misericordia en nuestro favor, y la que tiene siempre sus ojos fijos tanto sobre los justos como sobre los pecadores: porque á la manera que estos necesitan de sus miradas para salir del pecado, así las necesitan aquellos para conservarse en la amistad de Dios.

Ella experimenta una inclinacion muy extraordinaria á mirarnos con ojos de misericordia, de manera que en cierto modo no puede no hacerlo sin contradecirse á sí misma: por esto un grande santo le decia: *¡Oh María! no mires con ceño á los pecadores, porque sin ellos no habrias llegado á la alta dignidad de augusta Madre de Dios.*

Qué palabras mas consoladoras! Porque segun esto, está la Santísima Virgen como obligada á concedernos todo lo que pidamos, que sea conveniente á nuestra salvacion. Y así como de la dignidad de Madre de Dios penden todas sus otras prerogativas y privilegios, así tambien salen de ella todos los oficios que hace en favor de los cristianos. ¡Oh María! ¡Y cuán excelente eres!

Mirala, lector carísimo, es la fianza que recibe Jesucristo para que no seamos encerrados en las mazmorras eternas: es la seguridad que nos conduce sin el menor daño á la patria celestial: es la flor del campo, de la cual ha nacido el hermoso lirio de los valles: es la Virgen Madre que por su parto glorioso nos hizo tan felices, que parece que nos mudó la naturaleza de nuestro ser: tanta es la gracia que nos ha conferido. ¡Ah mise-

rables de nosotros! ¡Y cuán distintos somos de esta Virgen pura! Pero al menos cantemos á María cánticos de amor y agradecimiento: cantémosle con una vida santa é inocente: cantémosle con los justos y ángeles de la gloria: cantémosle pero mejor será que oigamos su cántico divino: *Mi alma engrandece al Señor.* ¡Engrandecimiento misterioso! porque se verifica en aquel que es inmenso: mi alma, como si dijera, engrandece al Señor y mi espíritu se alegra en el Dios que me ha salvado á mí y á todo el género humano. Mi alma engrandece al Señor, porque vista la humildad de su sierva, hizo en mí cosas tan grandes que todas las naciones han de apellidarme Bienaventurada. ¿Y podrás tú no rezarle diariamente la Salve? Rézala aun muchas veces al día, y con particular afecto dí: *Vuelve á nosotros esos tus ojos tan misericordiosos.*

57. *Qué podemos alcanzar de María con esta súplica.*—Atendido lo que ha hecho y hará Jesucristo para con su Madre, bien podemos asegurar que alcanzaremos de Ella cuanto le pidiéremos con la debida fe, en fuerza de estas palabras: *Vuelve á nosotros esos tus ojos tan misericordiosos.* Un grande santo consideraba á Jesucristo diciendo á su Madre: *Pídemme, Madre mia, cuanto desees, porque quiero tener la satisfacción especial de complacerte en todo, ahora que estás en el cielo, del mismo modo que tú me complaciste, cuando estabas en la tierra.*

Ahora bien: ¿y qué ha de pedir en favor nuestro, sino misericordia? Sí, cada una de sus súplicas es el poder usar de misericordia en favor de los miserables: el poder emplearnos su piadoso y tierno corazón: el tomar como propias penas, las penas nuestras: el poder consolar piadosísima á todos los afligidos; y por decirlo de una vez, el poder mirarnos con aquellos sus ojos tan misericordiosos.

¿Pero todo esto podemos esperarlo todavía de María? Ahora

que está en el cielo, ¿será por ventura, también tan piadosa en favor de todos nosotros? ¡Ah, lector carísimo! guárdate bien de desconfiar de la mas tierna Madre: librete Dios aun de la menor sospecha. Al contrario; tu confianza para con la Santísima Virgen ha de ser completamente la mas absoluta, porque cuanto mas apremiantes sean tus necesidades, tanto serán siempre el objeto de su extremada compasión: y hemos de tener por cierto que no solo lo hará una que otra vez, sino que está dispuesta á hacerlo cien y cien veces, principalmente al suplicarle con sentidísimos ruegos que *vuelva á nosotros esos sus ojos tan misericordiosos.*

Los mundanos cuando se ven exaltados á alguna dignidad, luego se olvidan de los pobres, sus antiguos compañeros de infortunio; al contrario María, por una razón diametralmente opuesta, ahora que está ensalzada en los cielos sobre los coros de los mismos ángeles, tiene su atención hácia nosotros, para volvernos piadosísima aquellos sus ojos tan misericordiosos: y así como el resplandor del sol supera en gran manera al brillo de la luna y al de las estrellas, así la piedad y misericordia de María es, ahora que está en los cielos, cien y cien veces superior á la que tuvo cuando vivía en este mundo.

En el siguiente caso podrás entrever un poco hasta qué punto la Santísima Virgen, bajo el título de su Concepción Inmaculada, vuelve á nosotros esos sus ojos tan misericordiosos. En cierta ciudad de España vivía hace pocos años, una familia ilustre por su nobleza, y mucho mas ilustre todavía por la piedad que practicaba. Un miembro de esta familia tuvo que ausentarse por ciertos negocios, y bien pronto los malos compañeros corrompieron su corazón. En vez de volver á la casa de su padre, el infeliz pasó á las Américas, donde, imbuido en las ideas racionalistas, acabó por hacerse un impío.

Después de muchos años volvió al seno de su familia, pero

traño; porque así como no hay nada que esté excluido de la luz del sol, así entre los cristianos no hay ni siquiera uno que no disfrute las influencias de María. Sí, su bondad natural no puede apartarse de nada; y aun de hecho se da toda entera no solo á los santos y á los justos, sino aun á los tibios y pecadores, y aun á los miserables é impíos. Reza la Salve, lector carísimo, y repite con grandísimo afecto, que vuelva hácia tí, aquellos sus ojos tan misericordiosos. María, de tal suerte, nos da de hecho todo cuanto le es posible, que no puede no inclinarse á favorecernos cuando la invocamos con el *Ea, pues, abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos tan misericordiosos.*

¡Oh gran Señora! ¡Oh Soberana Emperatriz de cielo y tierra! Vuestra misericordia llena todo el universo mundo, de un modo semejante á la misericordia de Jesús. ¡Mírala qué Madre tan amorosa y tan piadosa! ¡Mira cuán inmensa es su bondad! No se resiente cuando se le hace alguna injuria positiva como los desgraciados, infelices y malaventurados protestantes, antes bien se ofende contra aquellos que no le piden las gracias que necesitan para su eterna salvacion: tanto quiere volver hácia nosotros esos sus ojos tan misericordiosos. ¡Qué bondad la de María, y cuán consoladora! Ella nos enseña á esperar gracias superiores á nuestros méritos, ya que nos dispensa favores que mil y mil veces los exceden. Y no es extraño, porque en ella se cumple la prediccion que hizo Isaías del trono de la misericordia que dispensaba toda gracia y toda bendicion: y este trono es María, como que es la silla del reino de Jesús. ¡Ah! si pudiéramos saber lo que pasa entre esta mística silla y el que está sentado, oiríamos al Hijo Divino que le dice: *Vos, Madre mia, me disteis el ser de hombre, y Yo voy á daros el ser de Dios en cuanto á Mí es dable y á Vos recibíble: Vos me disteis esta carne divina para que redimiera á toda carne, y Yo os confiero mi omnipotencia para que de hecho podais salvar-*

la. ¡Qué poder el de María! ¡Y poder omnipotente empleado todo en mi favor! ¡Qué gracias las que penden de él! ¡Y gracias que se derraman cuando se le pide con todo afecto el *vuelve á nosotros esos tus ojos tan misericordiosos.*

Cuando dirigimos á tan Soberana Princesa tan excelente peticion, no solo le pedimos que nos mire con sus divinos ojos, sino que pedimos tambien la poderosísima mirada de Jesús: mirada que Jesús no niega, porque como ya vimos, nuestras súplicas las hace súplicas suyas: sus súplicas son ruegos de Madre, y estos ruegos obran completamente como si fuesen mandatos: y al modo que el Padre nada niega á su Hijo Unigénito, así Jesús nada niega á su Madre. ¡Y por qué todo esto? Porque la experiencia así nos lo enseña, porque le plugo á Dios honrar á su Madre cuanto le es dable, porque quiso concederle su omnipotencia, para que á fuer de Madre suya use de ella segun su beneplácito, y de esta manera alcancen el perdon los pecadores que la invocaren, y conceda á los tibios el fervor que necesiten, á los fervorosos la gracia de la fidelidad, á los santos la gracia de santificarse aun mas, y á los ya perfectos la dicha de poder hacer siempre y en todó lo mejor, lo mejor, lo mejor. Pidamos, por tanto, siempre á María, que *vuelva á nosotros esos sus ojos tan misericordiosos.*

CAPITULO XIII.

Y DESPUES DE ESTE DESTIERRO, MUÉSTRANOS Á JESUS,
FRUTO BENDITO DE TU VIENTRE.

59. *Explicacion de la Salve.*—Es muy sublime la súplica que nos enseña la Iglesia á dirigir á nuestra Virgen Inmaculada, en fuerza de estas palabras: *y despues de esta vida, muéstranos á Jesús, fruto bendito de tu vientre;* porque es como si